

Su grande prontitud en la pelea,  
El hervor, la postura y el cuidado,  
Fuerza y agilidad con que menea  
Cuerpo, y el bote del astil tostado,  
Es ver cuanta destreza se desea  
En un escogidísimo soldado;  
Muchos ya traen armas enastadas,  
En guerras adquiridas y ganadas.

Puede dar desto relacion integra,  
Por ser en sus recuentos bien usado,  
El capitán Diego de Bocanegra,  
Varon no menos diestro que esforzado,  
El cual con sus victorias nos alegra  
Y aun hace dellas el cierto tratado;  
Prometido me ha dar copia luenga,  
E yo las cantaré cuando la tenga.

Adonde se verán hazañas dinas  
De tener entre buenas sus lugares,  
Suertes y valentías peregrinas,  
Luchas y desafíos singulares;  
Pero dejadas estas, que por finas  
Sus elogios ternán particulares,  
Volvámonos á la vieja maldita,  
Que también á pijaos solicita.

A la cual, como los lisonjeaba  
Diciendo ser terror de todas gentes,  
Oían bien aquello que rogaba  
Y á todo se mostraban obedientes;  
Y así juntó de aquella nacion brava  
Tres mil aventajados combatientes,  
Reacia, pertinaz, perseverante,  
Hasta llevarlos todos por delante.

Ya congregada la bravosa lanza,  
Macana y dardo de tostada punta,  
Van caminando con la confianza  
Del que victorioso se barrunta:  
Llegaron donde estaba Pigoanza  
Y los demás consortes de la junta,  
Que los reciben con alegre cara  
Y grandes regocijos y algazara.

No cabe Pigoanza de contento,  
Viéndose con ejército pujante  
Que contra fuerza de mayor momento  
Mucho menor pudiera ser bastante:  
Tuvo con ellos largo cumplimiento,  
Y otro día teniéndolos delante,  
En alto trono, con la voz severa,  
A todos les habló desta manera:

«Amigos y parientes, si se debe  
A beneficios recompensa larga,  
El que de vos recibo no es tan leve  
Que no me sea ponderosa carga;  
Y aunque causa comun á mi me mueve  
Por ocasion que á todos es amarga,  
Vuestra bondad, valor y cortesia,  
Hacen que la comun tenga por mia.

» No cierto por provecho que pretenda  
De lo que desta guerra resultare,  
Sino para que cada cual entienda  
Quel tiempo que la vida me durare  
He de poner la vida y la hacienda  
En cualquiera negocio que os tocare,  
Vista vuestra leal correspondencia,  
Virtud, solicitud y diligencia.

» Y no ser parte nuestro mal suceso  
Para hacerlos de valor ajenos,  
Pues aunque maltractados, no por eso  
Quereis rendiros ni venir á menos,  
Antes en el enmienda del avieso  
Estais determinados como buenos,  
Con otra mas atenta disciplina  
Que aquella que causó nuestra ruina.

» Por ser parte de nuestra mal andanza  
En el entrar tener término loco,  
Y confiados de nuestra pujanza,  
A los contrarios prácticos en poco;  
Pues á no se romper el ordenanza,  
Otros fines tuvierá lo que toco,  
Y en veces del estrago lamentable  
Ganáramos victoria memorable.

» Mas ya que vuestro buen entendimiento  
En mejorarse hace gran instancia,  
Prestamente vereis el cumplimiento  
Si peleais con orden y observancia,  
Sacando del error acertamiento  
Y de pasada pérdida ganancia,  
Como suele quien tiene buen aviso  
Tomándolo de aquello que no quiso.

» Porque falto sería de prudencia  
Quien ya padeció riesgo de la vida  
En alguna notable contingencia  
Por descuidos ó casos sucedida,  
No vivir con recato y advertencia  
Huyendo siempre de la recaída;  
Pues tiene descubiertos los engaños  
Que fueron el origen de sus daños.

» Es la substancia pues de lo que quiero,  
Tener en el romper tanto cuidado,  
Que aunque caiga cualquiera compañero  
De las contrarias armas derribado,  
El escuadron esté firme y entero  
Y en su prosecucion siempre cerrado  
Con tal vigor las lanzas, que no halle  
Portillo que caballo haga calle.

» Porque con los caballos nos destruyen  
Si falta fuerza para detenerlos;  
Con ellos entran y con ellos huyen,  
Valiéndose de sus veloces hiellos;  
A ellos sus victorias atribuyen,  
Que pié con pié mejores somos quellos:  
Por tanto, do caballos dieren priesa  
Allí de lanzas multitud espesa.

» Cada cual con la suya corresponda  
Haciendo que se tengan á lo largo,  
Y al escaramuzar á la redonda  
Un solo pié no hallen sin embargo;  
Entonces los de flecha, dardo, honda  
Usen de lo que tienen á su cargo,  
Y aunque este quede muerto y aquel pene  
El escuadron jamás se desordene.

» En esta proporcion siempre constante  
Desque salieremos de la montaña,  
Sin reparar iremos adelante  
Hasta ganar el pueblo que nos daña;  
Pues desta suerte no será bastante  
Caballo ni peon ni buena maña,  
Para que por mi parte no se vea  
El glorioso fin desta pelea.

» Tenemos los contrarios descuidados,  
De nuestro revolver inadvertidos,  
Los pasos sospechosos advertidos  
Por do puede llegar á sus oídos;  
Nosotros en las selvas ocultados  
Saldremos á sazón que estén dormidos,  
Hasta que duro golpe los despierte  
Para dormir el sueño de la muerte.

» Avisos tengo desto fidedinos  
Con otra certidumbre, y es aquesta:  
Que nuestros consultores adivinos  
Dicen ser la victoria manifiesta.  
¡Ea pues, corazones diamantinos!  
Vamos con brevedad, que es lo que resta  
Para gozar, pues hay vez oportuna,  
Del bien que nos ofrece la fortuna.

Esto dicho, la turba de gentiles  
Que la razon oyó con advertencia,  
Alzaron los beligeros astiles  
Prometiéndole estar á su obediencia:  
Allí se muestran Héctores y Aquiles  
En el hablar y en la correspondencia,  
Con posturas no menos y semblantes  
Que suelen los salvajes semejantes.

Luego los campos, donde están incluidos  
(Sin los mozos bisoños y novicios)  
Quince mil que de guerra tienen usos,  
Demás de las mujeres y servicios,  
Suenan á todas partes con confusos  
Ruidos y murmurios y bullicios,  
Como susurros de los vientos prestos  
Formados en los árboles opuestos;

O como cuando de las nubes rotas  
De fulminosa furia descendiendo  
Vienen espesas y crecidas gotas  
Los aires vaporíferos rompiendo,  
Que con venir de nos algo remotas  
Oímos el ruido y el estruendo,  
Hasta tanto que sirven de flagelo  
Para blandura dar al duro suelo.

En el interin pues quel señalado  
Día llegaba para su demanda,  
Después de ver el jáculo tostado  
Ser tal que no tuviese punta blanda,  
Aquel que dellos era mas templado  
A sucias borracheras se desmanda,  
Con cantos y con bailes de placeres  
Donde también entran las mujeres.

Del tumulto furioso desta junta,  
Do cantando declaran sus concetos,  
Fué sabidor Inando, que barrunta  
Della no resultar buenos efectos;  
Y así por tantas vias lo pregunta  
Que descubrió los tractos y secretos,  
Y luego procuró como solia  
Avisar la cristiana compañía.

Mas no se confiando de tercero  
Que supiese llevar aquel recado,  
El mismo quiso ser el mensajero,  
De noche, por camino desusado:  
A Timaná llegó cuando el lucero  
Iba sobre los montes encumbrado,  
Y para desaguar el fiel pecho  
A cas del Juan del Rio fué derecho.

Fué su persona dél bien recibida,  
Porque tenían amistad estrecha,  
Y en ser extraordinaria la venida  
Y á hora que da luz untada mecha,  
No pudo, sin la causa ser sabida,  
Dejar de concebir mala sospecha:  
Recógense los dos incontinentemente  
Y el Inando le dijo lo siguiente:

«Huélgome de hallarte levantado  
Y con calzado de lijeras suelas,  
Tu buen caballo presto y arrendado,  
Calzadas todavia las espuelas,  
Por ser señal que vives con cuidado  
Y vienes de mirar las centinelas;  
Pero si haces esto de ordinario  
Agora mucho mas es necesario.

» No conviene dormir noche ni siesta,  
Sino que te prepares segun puedes,  
Porque la mala vieja que os molesta  
Por todos cuantos hay tendió sus redes;  
Y estos son tantos que si salís desta  
Os hará vuestro Dios grandes mercedes:  
Ha congregado bravas compañías,  
Y aquí serán antes de cuatro dias.

» Entiéndese segun mi conyectura  
Y lo que por razon he descubierto,  
Porque como mujer los apresura  
Y el término que doy es el mas cierto,  
Sé que padecereis gran desventura  
Si no teneis buen orden y concierto:  
Apercebíos como dicho tengo,  
Pues por este respecto solo vengo.

» Yo cumplo, capitán, con lo que debo  
Al amistad que tengo prometida;  
Y pues que cosa mas no sé de nuevo,  
Licencia pido para mi partida,  
Porque salir con claro no me atrevo,  
Quizá no den en mí de recudida,  
Segun que muchas veces acontece  
A quien con sus avisos favorece.

Agradeció la voluntad sincera,  
Aunque la nueva no le fué jocunda,  
Y dijo: «Dios lo haga de manera,  
Pues que su santa ley aquí se funda,  
Que como no ganaron la primera,  
Pierdan ni mas ni menos la segunda;  
Y si él me da victoria, yo te digo  
Y juro de te ser fiel amigo.

» Anda con Dios, que la razon te sobra,  
Y si pudieras por algun acecho  
Mas avisos nos dar desta zozobra,  
Usa del bien que siempre nos has hecho,  
Porque con otras muchas esta obra  
Nunca se borrará de nuestro pecho;  
Y tú verás que lo que te prometo  
Subirá de quilates el efecto.»

Hizo luego su paso presuroso  
En apartándose del Juan del Rio,  
El cual quedó no poco congojoso  
Por esperar tan duro desafío;  
Mas pues Inando va tras su reposo,  
También será razon gozar del mio  
Mientras se llega la penosa fiebre,  
Porque con canto nuevo se celebre.

## CANTO OCTAVO.

Donde se cuenta cómo Pigoanza vino sobre Timaná con quince mil hombres de guerra, ferocísima é indómita gente, y lo que sucedió en aquella batalla contra menos de cien españoles, los cuarenta poco mas ó menos de caballo, y los demás peones.

Suma solicitud deben los buenos  
Tener en el concierto de su vida,  
Procurando de no venir á menos  
De la opinion que tienen adquirida,  
Porque la condicion de los terrenos  
Algunas veces va tan sin medida,  
Que si después de glorias hay afrenta  
Solamente con ella tienen cuenta.

Pues como los sucesos igualmente  
No respondan al bien afortunado,  
El Juan del Rio gran congoja siente  
En verse de potencia cercenado,  
Porque podria ser en lo presente  
Perder el crédito de lo pasado,  
Mayormente sabiendo ser ya mucha  
Desproporcion para vencer la lucha.

Pero por demás era tener vario  
Querer, fuera del trance peligroso,  
Que la presta venida del contrario  
No da lugar á pausa ni reposo;  
Acometelles era voluntario;  
Esperar bien ó mal, era forzoso;  
Y así guiado deste pensamiento  
Hizo de sus consortes llamamiento.

Luego vinieron todos á bandera  
Cuantos en el lugar hay congregados,  
No de sus armas tan á la lijera  
Que no viniesen bien aderezados,  
Porque como soldados de frontera,  
Nunca jamás estaban descuidados;  
Y viéndoles aquel que los convoca  
Para los advertir abrió la boca,

Diciéndoles: «Inando me dió cuenta,  
No de mas tiempo questa madrugada,  
Aparejársenos una tormenta  
De mayor tempestad que la pasada,  
Y porque cumple para tal afrenta  
Estar la gente presta y avisada,  
He querido, señores, que se ordene  
En esta junta lo que nos conviene.

» El golpe sé que viene ya cercano,  
Con no menos de quince mil infantes;  
Conozco ser la nuestra flaca mano  
Contra tal multitud de litigantes;  
Mas tengo por regalo soberano  
Habernos dado los avisos antes,  
Porque quien para ellos abrió puerta,  
Que es Dios, nos ha de dar victoria cierta.

» Volvámonos á él con importuna  
Oracion de católicos fervores,  
Y confesémosnos una por una  
Pidiéndole perdon de los errores;  
Lo cual hecho creamos sin ninguna  
Duda que quedaremos vencedores  
Como de la pasada, pues que llenos  
Vistes de cuerpos muertos estos senos.

»Limpios pues como digo nuestros pechos  
Primeramente de mortal ofensa,  
En la solicitud de nuestros hechos  
No conviene tener mano suspensa,  
Sino ver las industrias y pertrechos  
Mas eficaces para la defensa,  
Porque cuando la furia nos asalte  
De lo que ser pudiere nada falte.

»Y porque para lo que se pretende  
Conviene ser comun el advertencia,  
Aquel que mas ó que menos entiende  
En dar su parecer tiene licencia,  
Pues en tal caso mas se comprende  
Por muchas que por una providencia,  
Y quien parece de juicio maneó  
Acontece mejor dar en el blanco.»

Con aquesto dió fin al parlamento,  
Que se cumplió con fiel obediencia,  
Y fray Francisco Torreblanca sientó  
Que luego los oyó de penitencia,  
Con otro padre cuyo nombramiento  
En blanco se quedó por negligencia;  
Y hecho de do tanto bien resulta,  
Segunda vez entraron en consulta.

En la cual luego fué determinado  
Por todos, de comun consentimiento,  
Que el Orozco y el Arias Maldonado  
Con algunos varones de momento  
A su cargo tomasen el cuidado  
De las industrias y preparamento,  
Y no salió su parecer avieso,  
Segun se vió después por el suceso.

Mandan fortalecer los escaupiles,  
Celadas y cualquiera cobertura;  
Hicieronse cuarenta y seis astiles  
De veinte y cuatro palmos de largura,  
Con hierros tan tajantes y sutiles.  
Que pudieran romper cosa mas dura  
Que desarmados y desnudos pechos,  
Segun el temple con que fueron hechos.

De cuatro buenos fuertes hubo traza  
En cuatro casas de las cuatro esquinas  
En aquellas entradas que á la plaza  
Estaban mas cercanas y vecinas;  
Y de estos fuertes cada cual se abraza  
De guadubas, de robles y de encinas  
Y en estos, por estar mejor guardados,  
Se metian de noche los ganados.

Hicieron en los fuertes sus garitas  
Con pretilos, amparos y coronas,  
Do con dardos y piedras infinitas  
Entraron muchos indios yanacunas,  
Para que desde allí cuando las gritas  
Oyesen, señalasen sus personas,  
Por ser algunos dellos orejones  
Cursados en beligeras cuestiones.

Fueron á las garitas arrimadas  
(Ardid y estratagema castellano)  
A trechos vigas gruesas empinadas,  
Largas que no dejaban hueso sano  
Cuando sobre las gentes alteradas  
Se derribaban, dándoles de mano;  
Y así para reparo de aquel daño  
Era la muerte sola desengaño.

»A muchas cosas otras dan avio,  
Y estas apenas acabaron, cuando  
Recibió mensajeros Juan del Rio  
Enviados de parte del Inando,  
Diciendo que la turba del gentío  
A gran priesa venia caminando,  
Por haber ya tres dias que pasaba  
El gran rio que de por medio estaba.

Manifestando que por llegar mueren  
A concluir la bélica porfia,  
Mas que no sabe por adónde quieren  
Entrar en la ciudad ni por qué via,  
Pero por todas partes los esperen  
Con el aviso que les convenia;  
También dicen creer entrar sin lumbre,  
Segun y como tienen de costumbre.

Reconociendo ser mensaje cierto  
De las horas confusas y turbadas,  
Pusiéronse las cosas en concierto,  
Segun que las tenían ordenadas:  
Dos centinelas van á cada puesto  
Que daba mas abiertas las entradas,  
Y otras dos á la parte de aquel seno  
Del indio capitán dicho Cameno.

De paz y que tenia casa puesta  
En un alto de Timaná cercano,  
Seria como tiro de ballesta  
Del pié del cerro lo que va por llano;  
Y en aquellos principios de la cuesta  
Pusieron á Medina y á Solano,  
Soldados diestros, cada cual valiente,  
Aunque el Solano dicen ir doliente.

Mas no sufrían tales coyunturas  
Por ser pocos, que cojos ni llagados  
Ni los que padecían calenturas  
Fuesen destos trabajos reservados:  
Salen caballos pues con armaduras,  
Colchadas de algodón encubiertas  
Y ocupan los peones con los dalles  
Las bocas principales de las calles.

Dieron en fin un orden compatible  
Y á su flaco poder cómoda traza,  
Contra la tempestad fiera y horrible  
Que campos comarcanos embaraza;  
Y los demás en modo conveniente  
Andaban en cuadrillas por la plaza,  
Para que do los indios respondiesen  
Y diesen arma, todos acudiesen.

Los cuales indios, cuando Febo gira  
A las partes occidentales el freno,  
Llegaron con las muestras de su ira  
Al tambo y aposentos de Cameno;  
Este con sus vasallos se retira,  
O con temor ó ya por no ser bueno,  
Y así nunca jamás supieron dónde  
La multitud de bárbaros se absconde.

Allí paró la bárbara cuadrilla  
Con todas sus mujeres y servicio,  
Y con estar las velas de la villa  
Cercanas, que hacían bien su oficio,  
Fué gran admiración y maravilla  
No sentirse murmurio ni bullicio,  
Antes aquel silencio de tal suerte  
Como fatal idea de la muerte.

La parte que llamamos intempesta  
Del obscuro vapor pasada era,  
Y al tiempo que ya Venus manifiesta  
La luz de su dorada cabellera,  
Tacitamente bajan por la cuesta  
A pasos lentos, pero de manera  
Que procediendo con sus ordenanzas  
Tocaban unas en las otras lanzas.

Aquellos dos soldados extremeños  
(Entiendo por Medina y el Solano)  
Que sin saber los bárbaros diseños  
Aquel cuarto velaban en lo llano,  
Oyeron estos toques de los leños  
O lanzas que traían en la mano,  
Y como temen y el temor acecha,  
Con él acrecentaron la sospecha.

Pero como también quien oye yerra  
Y lo que piensa sale diferente,  
Algunas veces postranse por tierra  
Para divisar mas atentamente;  
Y así mirando bien acia la sierra,  
Vieron el grande bulto de la gente,  
En la distancia no prolijos puntos,  
Antes casi que ya llegaban juntos.

»Arma, arma, señores! van diciendo,  
Procurando hacer los piés livianos;  
Mas el pobre Solano no pudiendo  
Asieron dél los indios mas cercanos:  
A las voces Medina revolviendo  
Salvo se lo sacó dentre las manos;  
Echólo por delante, sin dejallo  
Hasta que llegó gente de caballo.

De manera que el Diego de Medina  
Allí hizo tan célebre hazaña,  
Que puede ser contada como dina  
Entre las honoríficas de España;  
Pero creamos ser fuerza divina  
Mas que virtud mortal ni buena maña,  
Segun la cantidad de los pertrechos  
Por donde se metió rompiendo pechos.

Y á tiempo que convino se despega  
Cuando sintió ser lejos el Solano,  
A quien el gran temor de la refriega  
Libró de la cición y quedó sano;  
Mas el duro conflicto se le llega  
Al escuadron pequeño castellano,  
Que con vigor de mas que diamante  
Al impetu se puso por delante.

Invoco tu favor, escelsa Musa,  
Madre de piedad y de clemencia,  
Para que la verdad que está reclusa  
Cerca desta terrible competencia,  
Mi pluma no mendace ni confusa  
A luz la saque con su diligencia,  
Porque la cualidad desta victoria  
A la posteridad sea notoria.

Comienzan los armiferos espantos  
A los principios con el nubló ciego,  
Pero como los indios eran tantos  
A ciertos edificios ponen fuego:  
Arden aquestos por los cuatro cantos;  
Mortíferas heridas crecen luego;  
Hace la lumbre que cada cual vea  
El rostro airado de con quien pelea.

Defienden los peones las entradas  
A costa de la bárbara venida  
Con las picas que son aventajadas  
En hierros penetrantes y en medida:  
Que las contrarias son puntas tostadas  
Aunque dispuestas á mortal herida,  
Mas en esta sazón menos nocivas  
Por dar sobre las armas defensivas.

Puesto caso que indios principales  
Traían en sus astas afijadas  
Muchas dagas, cuchillos y puñales,  
Tijeras, recatón, puntas de espadas,  
Y con el afición destos metales  
Hasta las guarniciones afiladas;  
Agudos los botones ó las bolas,  
Demás de buenas lanzas españolas.

Rompe los aires grita y alarido;  
Hierve la furia con ardor fuereño;  
El escuadron no puede ser rompido  
Para dar á caballo lugar presto,  
Pues al instante que uno ven caído  
El vivo sucesor estaba puesto:  
Cuantos mas mueren, tanto mas se cierra,  
Y así los indios van ganando tierra.

La gran solicitud del Pigoanza,  
La prontitud, aviso y el cuidado,  
Allí pudo llegar do lo que alcanza  
El mas mañoso y experimentado;  
Y en la prosecucion de su ordenanza  
Estuvo tan entero y esforzado,  
Que con ver tanto número difunto  
Del concierto jamás perdía punto.

Menos nuestros peones andan broncos,  
Aunque de resistir hechos pedazos,  
De pedradas sufrir y duros troncos  
Cansados y molidos ya los brazos,  
De llamar los caballos todos roncos,  
Y estos no pueden por los embarazos  
De las espesas y mortales puntas  
Que por cualquier lugar hallaban juntas.

Destá suerte procede la conquista  
Y el cobre como dicen se martilla,  
Sin que española fuerza les resista  
Irse metiendo dentro de la villa,  
Hasta que dieron á la plaza vista  
Con gran dolor de la fiel cuadrilla,  
A quien el impetu de las opuestas  
Armas, les hace dar represas prestas.

De la manera que con buen gobierno  
Agua de algun acequia va guiada,  
Sin hacer curso por lugar moderno  
Cuando la fuerza della va templada,  
Mas llegada la furia del invierno  
Rompe la presa hecha y albarrada,  
Y no vale ni puede ser bastante  
Resistencia que halle por delante:

»Así llevan la gente bautizada,  
Con ser valerosísimas personas,  
Hasta junto del fuerte y emboscada  
De los apercebidos yanacunas,  
Que con una y con otra rociada  
Rompien frentes, sienes y coronas,  
Tanto que no pequeño daño hizo  
La tempestad espesa del granizo.

Alléganse las gentes enemigas  
Con ánimo de dalles mortal pago:  
Precipitaron las pesadas vigas  
De las cuales ningunas dan en vago,  
Y no fueron tan leves las fatigas  
Que no hiciesen un cruel estrago,  
Pues sacan de una dos y tres cabezas  
Y parten cuerpos en diversas piezas.

Como losa que al cebo convida  
A la perdiz incauta y engañada,  
Que en veces del regalo de comida  
Fué de la presta laja salteada,  
Y con aquel ruido y estampida  
Se sobresalta toda la manada,  
Y huyen del lugar, porque la suerte  
Sustento prometió para dar muerte:

Turbáronse por vía semejante  
Los escuadrones de las gentes fieras,  
Mas esta turbación no fué bastante  
Para retrogradar en sus carreras,  
Antes á punto y en el mismo instante  
Estaban ya rehechas las hileras;  
Y así proceden en gallarda traza  
Hasta tomar el medio de la plaza.

Canta victoria ya bárbara trompa,  
Y el fiel español confuso calla  
Por no se ver lugar por do se rompa  
El orden que traían de batalla;  
Circungiran caballos con la pompa  
De armas, y manera no se halla  
Con tanta muchedumbre de pertrechos  
Como se les ponían á los pechos.

No falta quien calumnie que podían  
Rompellos antes y desbaratillos,  
Diciendo que de industria no querían  
Porque no les matasen los caballos,  
A causa de que muchos pretendían  
Para huir en ellos reguardillos;  
Otros dicen que fueron invenciones  
Impuestas por los válidos peones.

Los cuales, como ya dijimos antes,  
Llamaban, y faltaban las respuestas  
Que para turbaciones semejantes  
Necesidad pedía ser mas prestas;  
Y en hecho de verdad fueron Atlantes  
Que las cargas llevaron á sus cuestras,  
Y como fuese tan pesado peso  
Pesábales de velles tanto seso.

Su parte pues por puntos se empeora,  
Sin llegalles socorros competentes:  
Vian su perdición, y en esta hora  
Llena de confusión é inconvenientes  
Descubrió sus colores el Aurora,  
Con que las suyas fueron mas patentes  
Y entonces de un soldado destos nace  
Ardid á sus remedios eficaz.

Un Antonio Bocarro, lusitano,  
Hidalgo de hidalgas valentías,  
Había hecho del ardor vulcano  
Y fuego artificial dos alcancias  
Que se guiaron por su propia mano  
Al avanguardia destas compañías,  
Adonde muchos de concierto faltos  
No les vagaba dar brincos y saltos.

Villamayor y Sebastián Moreno,  
Alvaro Lopez, y también Francisco  
De Aguilar, como vieron tiempo bueno  
Para jugar mejor del obelisco,  
Do fué la turbacion dieron de lleno,  
Y todos los llevaron abarrisco,  
Haciendo con las picas tal desvío  
Que entró con su caballo Juan del Río.

Y todos los caballos ponen pecho  
Al rompimiento, con tan grande furia,  
Que no se daba paso sin provecho  
Ni de rojo licor hubo penuria;  
Ansi que mejorándose su hecho  
A su gusto vengaban el injuria;  
Y donde el orden era mas durable  
Un caso sucedió harto notable.

Aqueste fué que cierta yegua blanca,  
La cual sin recoger andaba fuera  
Con otras diez, demás de su potranca,  
Asombrada llegó de tal manera  
Con las otras pegadas á su anca,  
Que rompieron la fuerza mas entera  
Sin punto reparar en el embargo,  
Y aun no pararon en lugar mas largo.

Pero caballos con andar pacienco  
Algunas noches hacen otro tanto,  
Cuando por el real oyen estruendo  
Y los bárbaros dan por algun canto:  
A los ranchos y tiendas van corriendo  
Poniéndoles espuelas el espanto,  
Y pudiendo hacerse mas remotos  
Acuden á las gritas y alborotos.

Quien en algunas partes esto vido  
También puede ponello por escrito,  
Y en un trance nocturno bien reñido  
No de poco peligro su confito:  
Los bárbaros huyeron del ruido,  
Teniendo ya la suya sobre el hito,  
Porque les pareció venir encima  
Gente que con la lanza los lastima.

Fueron pues por las yeguas rebatidos  
Los que permanecian mas cerrados:  
Los unos rehollados y caidos,  
Otros sin armas, otros asombrados,  
Y todos en comun mas esparcidos  
E ya de su salud desesperados,  
Porque cualquiera caballero hiere  
Y hace de su lanza lo que quiere.

Advirtiése también de la corrida  
De las cerreras yeguas y sin frenos,  
Que rompiendo por gente proveída  
De lanzas de que estaban todos llenos,  
Saliesen sin lision y sin herida,  
Salvo la una con un ojo menos;  
Pero por este se quebraron tantos  
Que duraron gran tiempo los espantos.

Pues tanto la matanza se estendia  
Como hallaban ya pasos abiertos,  
Que por ninguna via se podia  
Andar sino por cima de hombres muertos;  
Y el bravo Pigoanza como via  
Las turbaciones y los desconciertos,  
No siendo parte para dar remedio,  
Puso con otros tierra de por medio.

Y así salió con pérdida y afrenta  
Destas revueltas y rebeliones,  
Y aun dícese que no escaparon treinta  
De todos los pijaos y yalcones,  
Por acudilles otra gran tormenta  
Al tiempo de volver á sus rincones  
De parte los panaes que á la mira  
Estaban, hasta ver quién se retira.

Porque la dura y áspera canalla  
A los principios vino de su bando,  
Mas en el rompimiento no se halla,  
Los fines y remates esperando;  
Y á quien vivo salió de la batalla  
Andaban por las silvas monteando,  
Anteponiendo sus voracidades  
A todos parentescos y amistades.

Y en tanta muchedumbre de salvaje  
Como en el pueblo padeció yactura,  
Menos fué menester que se trabaje  
En ponelles de tierra cobertura,  
Porque los deste bárbaro linaje  
En sus vientres les dieron sepultura,  
Y los guisaban con ardientes ramos  
Dentro de las cocinas de sus amos.

Recibiase desto gran fatiga,  
Y con el mal olor grave tormento;  
Mas español no hay que contradiga  
Huyendo de les dar desabrimiento,  
Porque mostraban voluntad amiga,  
Aunque tuviesen otro pensamiento;  
Pues mal se ligan en amor perfecto  
Aquel que manda y el que está subyecto.

Y así los españoles mas rompidos  
(Con que salieron bien de la rencilla,  
Pues hubo solamente seis heridos  
Y aquestos fuera de mortal manecilla)  
Estuvieron dispuestos y movidos  
A luego despoblar la nueva villa,  
Temiendo que si quedan se les llega  
Otra mas dura y áspera refriega.

Sobre lo cual consulta se tenia,  
Segun que piden casos semejantes,  
Y en la resolucion también habia  
Algunas opiniones repugnantes,  
Pocas, pues la mayor parte seguia  
Al alcalde Juan Muñoz de Collantes,  
Después en este reino residente,  
Que en su cabildo dijo lo siguiente:

«Siendo todos aqui de una sentencia,  
Conozco que no fuera de discreto  
Anular votos y tomar licencia  
Para contradecir á su decreto;  
Pero visto que en esta diferencia  
Cada cual manifiesta su conceito,  
Quiero, señores, yo decir el mio  
Debajo de amistad y celo pio.

«Aquellos á quien cargos se conceden  
Y en ellos tienen militar usanza,  
No se estienden á mas de lo que pueden  
Midiendo su posible con templanza,  
Por no meterse donde los enreden  
Lazos de mal medida confianza,  
Y pierdan por faltar esta cordura  
Otra mejor sazón y coyuntura.

«Bien sabemos haber acontecido  
Vencer á grandes huestes pocos buenos;  
Pero lo mas comun y mas seguido  
Es llevar lo peor los que son menos:  
Poquito de los pocos he leído;  
De los muchos están los libros llenos;  
Y así negocios de tan grande peso  
Piden consejos de maduro seso.

«Y porque el que yo do sea creíble  
Suplicoos que mireis con advertencia  
Cuán flaco y débil es nuestro posible  
Contra las fuerzas desta pestilencia;  
Y así hallareis no ser conveniente  
Hacer en estas tierras asistencia,  
A lo menos en tanto que no acude  
Otra mano mayor que nos ayude.

«Los indios tienen firme pensamiento  
En destruir aquesta nueva planta:  
Su desvergüenza y gran atrevimiento  
A todo lo que piensan se levanta;  
Para venir á darnos otro tiento  
Han de convocar gente cuatro tanta:  
Decidme, ¿qué paredes ó qué muros  
Teneis para poder estar seguros?

«¿Qué fuerzas de Milán ó de Mecina,  
Qué violento tiro de bombardá,  
Qué trueno de fumosa culebrina,  
Qué balas de arcabuz ó de espingarda,  
Qué mil hombres de diestra disciplina,  
Para quien tanta multitud aguarda,  
Sino solas las manos y los brazos  
De cien soldados hechos mil pedazos?

«Pues aunque cada cual destes tuviera  
Cuantas el centimano Briareo,  
Ninguno de cansado se moviera,  
Segun la duracion deste torneo.  
Habeis habido desta gente fiera  
Dos veces la victoria y el trofeo:  
Cesen por algun tiempo las porfias,  
No tentemos á Dios por tantas vias.

«A él se den las gracias y la gloria  
Por este beneficio soberano,  
Porque tan honorífica victoria  
No tuvo fuerza de poder humano:  
Que contra tantos bien os es notoria  
La gran debilidad de nuestra mano;  
Y pues Dios acudió con su clemencia,  
No nos pongamos mas en contingencia.

«Ansi que, pues que todos sois testigos  
De la dura cerviz destas naciones,  
Vámonos á los pueblos mas antiguos  
Hasta tener bastantes municiones;  
Y creedme que los indios amigos  
No tienen mejoradas intenciones,  
Antes terné la misma confianza  
Dellos que del potervo Pigoanza.»

Esto dijo Juan Muñoz de Collantes,  
Que de los que tuvieron eminencia  
A caballo, fué de los importantes,  
Y en ánimo, valor y en experiencia;  
Al cual contradijeron circunstancias,  
Mas al fin aprobaron su sentencia,  
Y todos de comun consentimiento  
Ya querian dejar aquel asiento.

«Cuando la gente pues se disponia  
A dejar la ciudad desamparada,  
La que era de caballo pretendida  
Venir al nuevo reino de Granada;  
El peonaje no, porque queria  
A lo de Popayan hacer jornada:  
Quedó determinado que siguiese  
Cada cual lo que mas gusto le diese.

Los yanaconas, en las divisiones,  
Dijeron á sus amos rasamente  
Que querian seguir á los peones,  
Porque cada cual dellos fué valiente  
En romper los feroces escuadrones,  
Sin querer acudir equina frente;  
Pesóles deste bárbaro bullicio,  
Por quedar mancos sin aquel servicio.

De reinos de Pirú fué su venida  
Con los que los tenían por vasallos;  
Cada cual dellos grande busca-vida,  
Curiosos en el pienso de caballos,  
Y así de yanaconas fué servida  
La gente que podia sustentallos,  
Juzgando ser personas principales  
Los que gozaban destes animales.

Y como bárbaros ahidalgados,  
Entrellos se juzgó por villanía  
(Hablamos de los tiempos atrasados)  
Servir á quien caballo no tenia;  
Y agora por los casos relatados  
Mudaron parecer y fantasia,  
O por ventura fué sagaz lenguaje  
Por no peregrinar largo viaje.

«Viéndolos en efecto deste brio  
Ya resolutos y determinados,  
Hizo segunda junta Juan del Río,  
Y dijo, siendo todos congregados:  
«Estos negocios, á juicio mio,  
Demasiadamente van errados,  
Y quien se determina prestamente  
Dicen que muy despacio se arrepiente.

«Y si el señor Collantes el destierro  
Tiene deste lugar por acertado,  
Yo no quiero venir en este yerro  
Ni llevar paso tan acelerado,  
Pues del amago solo huye perro  
Que vez alguna fué mal lastimado;  
Y así nuestras victorias son ya muros  
Para vivir quietos y seguros.

«Rehenes son y válida fianza  
Quel ardor de los bárbaros apaga,  
Pues no fué tan pequeña la matanza  
Ni tan fácil la cura de su plaga,  
Que no gaste la vida Pigoanza  
Primero que de gente se rehaga,  
Y cuantos estuvieron á la mira  
Hoy tiemblan con temor de nuestra ira.

«Pero quiero decir que vengan cuantas  
Gentes la tierra cria y adereza,  
Y questos montes todos con sus plantas  
Se tornen indios sin que falte pieza,  
Si mil veces vinieran, otras tantas  
Han de volver quebrada la cabeza,  
Porque demás de no venir mejores  
Vienen vencidos contra vencedores.

«De suerte que si estamos á razones  
Con advertencia de juicios sanos,  
Buscando coyunturas y sazones  
Para hacer aquestos indios llanos,  
Las ciertas y seguras ocasiones  
Son las que ya tenemos entre manos,  
Habiéndoseles dado dos tan buenas  
Que valen mas que grillos y cadenas.

«Para tan numerosa pesadumbre  
Reconozco ser poca la substancia,  
Mas esta poca tiene de costumbre  
Salir de las peleas con ganancia;  
De manera que no la muchedumbre  
Venice, sino valor, orden, constancia,  
Y pocos quiero mas con estas partes  
Que muchos y confusos estandartes.

«No tracto de los casos precedentes  
Que ponen los antiguos escritores,  
De vencidos ejércitos potentes  
Por los que en cantidad fueron menores;  
Pues bastan los ejemplos que presentes  
Vemos de los demás conquistadores,  
Que en estas partes acabaron cosas  
No tan heroicas quanto milagrosas.

«Alguna parte desto nos alcanza,  
Segun manifestó nuestra defensa;  
Y así faltar aqui cristiana lanza  
Mal engañado vive quien lo piensa;  
Y este no es tiento, sino confianza  
Que tengo yo de la bondad inmensa:  
Antes lo tiento con crimen atroce  
Quien tan alta merced no reconoce.

«Que claramente veis qué nos sustenta  
Y con favores pios nos regala;  
Demás desto caemos en afrenta  
Tal que la mas enorme no la iguala;  
Al fin, como yo tengo de dar cuenta,  
No la querria dar de mi tan mala,  
Porque disculpa que razon repuna  
Al claro se conoce ser ninguna.

«Sé que no faltará concepto duro  
Que juzgue mi razon á devaneo,  
Imaginando ser lo que procuro  
Por no dejar el mando que poseo,  
Mas bien podré jurar sobre seguro  
Que no lo pretendi ni lo deseo;  
Y para ver lo que mi pecho tiene  
Hagamos una cosa que conviene.

«En Neiba está poblado Juan Cabrera,  
Do sabemos que vive descontento:  
Vayan á lo llamar á la lijera  
Con carta de cabildo y regimiento;  
Verná luego con los de su bandera,  
Pues hay color para mudar asiento;  
Reharemos el nuestro con su bando,  
Y estaremos debajo de su mando.»

Visto que daba parecer discreto,  
Enviáronse luego los recados,  
Con encarecimiento del aprieto  
Y fuerza de los indios rebelados:  
Holgóse Juan Cabrera del efeto,  
Y así vino con todos sus soldados;  
Quedó por general obedecido  
Y justicia mayor de aquel partido.

Luego se divulgó por el terreno  
El socorro de gente que venia,  
Y que tenían ya poder mas lleno  
De peones y de caballería:  
Que fué bastante para poner freno  
A otra tempestad que se movia,  
Templándose los indios inquietos  
Y sirviendo mejor los ya subyertos.

El Cabrera con sesenta peones  
Y veinte de caballo salió luego  
A castigar algunas poblaciones  
Mas culpadas en avivar el fuego:  
Fué la primera la de los yalcones,  
Por ser origen del desasosiego,  
Do con cautela hizo Juan Cabrera  
Un negocio que yo no lo hiciera.

Y fué llamar de paz aquellas gentes,  
Diciendo que traía limpio pecho,  
A cuya voz vinieron obedientes  
Algunos con preseas de provecho;  
Hizoles con caricias aparentes  
No recelarse de contrario hecho,  
Pues por ser capitán recién venido  
Facilísimamente fué creído.

Dijoles que declaren sus intentos  
A todos los caciques y señores,  
Y que traía buenos pensamientos,  
Aunque cierto pudieran ser mejores;  
Al fin mandó que ciertos aposentos  
Do posaban allí, fuesen mayores;  
Dicen que los harán, y este concierto  
Fué donde Pedro de Guzmán fué muerto.

El Pigoanza y otros principales,  
Sin ir ellos mandaron comisarios  
Con hasta cuatrocientos naturales  
Cargados de maíz y frutos varios,  
Y la madera y otros materiales  
Para hacer la obra necesarios;  
La cual adonde se les dió licencia  
Se comenzó con grande diligencia.

Y estando todos ellos desuadados  
En asentar los palos embebidos,  
Del Juan Cabrera fueron asaltados  
Y de los que con él eran vendidos,  
Y como los cogieron desarmados,  
Quedaron la mitad dellos caidos;  
Y otra canalla desta gente perra  
Dentro de sus entrañas los entierra.

Porque venían en aquel viaje  
Para les ayudar en la ruina,  
No por otro salario ni otro gaje  
Sino la monstruosa golosina:  
Que la bestialidad deste linaje  
Con mas ferocidad se desatina  
Que las fieras del mas sangriento pio,  
Pues nunca comen las de su natio.

Y estos no dejan deudo ni pariente,  
Ni reservan hermano ni a la hermana,  
Hijo de sus entrañas precedente,  
Decrépito varon, ni vieja cana;  
Y muchos dellos tienen de presente  
Contracto público de carne humana,  
Que son pijaos, cuyas condiciones  
Esceden á las mas fieras naciones.

Fué cierto principal destes gentios  
Reprehendido por términos buenos,  
Porque con sus voraces desvarios  
Muchos súbditos suyos hizo menos,  
Y respondió: «Yo como de los míos,  
Que no voy á comer de los ajenos.»  
Mas yo creo que fué tal el enmienda  
Que nunca comió mas de su hacienda.

Que las exorbitantes sinrazones  
Desta nacion crüel, ciega, perdida,  
Hacían á las pias condiciones  
Salir algunas veces de medida,  
Juzgando que tan duros corazones  
Eran indignos de gozar de vida;  
Y aun con usar entonces de rigores,  
No por eso los vivos son mejores.

Salió Cabrera pues de los yalcones  
Y fué por Aniobongo su corrida;  
Pero como tenían relaciones  
Ser la paz que promete fementida,  
Desampararon casas y rincones,  
Tomando la montaña por guarida:  
Nadie quiso venir, y desta causa  
A Timaná volvió, do hizo pausa.

Y preparando lo que convenia  
Para volver sin lluvias del invierno,  
Estendióse por indios que venia  
A lo de Popayán nuevo gobierno:  
Este diré quién fué, pero querría  
Dar á la novedad canto moderno;  
Y así, para salir con el intento  
Me conviene tomar algun aliento.

### CANTO NOVENO.

Donde se trató cómo Pascual de Andagoya, siendo proveído por gobernador de la tierra adyacente al río que llaman de San Juan, se entró por la tierra conquistada por Benalcazar y sus capitanes, y se hizo obedecer en Popayán y en los otros pueblos desta gobernacion, y lo demás que de su venida resultó, hasta la venida de don Sebastian de Benalcazar.

El gusto sensual del avariento  
Al interese corre tan sin freno,  
Que lo que puede dalle henchimiento  
Parece que lo hace menos lleno,  
Y con lo proprio suyo no contento,  
Mete las manos en lo que es ajeno,  
Fantaseando que cualquier provecho  
A él solo le viene de derecho.

Aquestas insolentes sinrazones,  
Que vuelan á mil fines aplicadas,  
No faltaron en indias regiones  
Antes de estar las cosas asentadas,  
Y hubo grandes encuentros y pasiones  
Sobre las tierras en gobierno dadas;  
De las cuales será prueba patente  
La que se nos ofrece de presente.

De la sierra do nacen los dos rios  
Cauca y el otro de la Magdalena,  
Que riegan diferentes señorios,  
Segun he dado ya cuenta mas llana,  
Otro procede no largos desvios,  
Llamado de San Juan, pero su arena  
Al antártico polo va guiada  
Y en las ondas del Sur hace parada.

Por diversas provincias se derrama,  
De que no sabré yo ser coronista;  
Mas sé que que río de San Juan se llama,  
Por ser tal día su primera vista,  
Y dél pidió, guiado por la fama,  
Un Pascual de Andagoya la conquista,  
Persona que debía merecilla,  
Y así vino con gente para ella.

A su gobernacion en el destajo  
No le puso medida tan estrecha  
Que no saliese por algun atajo  
A lo que mas le cuadra y aprovecha;  
Y así, por ahorrar duro trabajo  
Determinó venir á casa hecha,  
Que es la de Popayán, por ser vecina  
De la que se le dió, con quien confina.

Y si pudo lugar haber alguno  
Para hacer creer ser sus anejos,  
Entonces lo halló bien oportuno  
En los pechos dudosos y perplejos,  
Por conocer gobernador ninguno,  
Salvo Pizarro, pero tan de lejos  
Que dalles otro gobernador era  
Por esta causa cosa creyera.

El Andagoya pues allí venido,  
Hizo presentacion de provisiones,  
Dándole á las letras el sentido  
Que conformaba con sus pretensiones;  
Y aunque reconociesen ir torcido  
Y se pudieran alegar razones,  
Los de cabildo, por tener sosiego,  
En Popayán lo recibieron luego.

Y en todos los demás por sus tenientes  
Fué recibido sin contrarios votos,  
Estando destas cosas inocentes  
En Timaná, por ser los mas remotos;  
Mas porque los rumores precedentes  
Con mayor claridad les fuesen notos,  
Secretamente fueron enviados  
Dos yanacunas diestros y avisados.

Estos trajeron relacion entera,  
Bien informados de ocular testigo,  
No sin grave dolor del Juan Cabrera  
Por la suerte contraria del amigo  
Benalcazar, el cual antes que fuera  
Tractó con él la pretension que digo;  
Y así determinó hacer jornada  
A este nuevo reino de Granada.

Y el viaje tardó mas en pensallo  
Que en poner en efecto la partida:  
Quisieran los que quedan estorballo,  
Mas no bastó palabra comedida;  
Con él se fueron treinta de caballo  
Amigos, de la gente mas lucida,  
Y de los fugitivos caminantes  
El uno fué Juan Muñoz de Collantes.

Ellos partidos, al tercero día  
Allí llegó por el nuevo regente  
Aquel capitán Francisco Garcia  
De Tovar, para ser allí teniente,  
Y vistos los poderes que traía,  
Lo recibieron amigablemente,  
Mas requirieronle por vez tercera  
Que fuese tras el dicho Juan Cabrera.

Porque llevaba muchos naturales  
De los subyectos que les daban renta,  
Con férreas colleras y ramales  
Y no de carga la cerviz exenta,  
Y á Juan Muñoz, que de rentas reales  
Que fueron á su cargo no dió cuenta,  
El cual en este tiempo que refero  
Era, demás de alcalde, tesorero.

Bien entendió su requerimiento  
Y no le convenir disimullarlo,  
Partió para le dar el cumplimiento  
Con treinta y cinco hombres de caballo:  
Tanta prisa se dan al seguimiento,  
Que en tres días pudieron alcanzallo;  
Mas el Cabrera con los suyos piensa  
Remitir á las manos su defensa.

Vista por el Tovar el apariencia  
Y el denuedo de la contraria mano,  
Mediante tinta hizo diligencia,  
Y por papel y pluma de escribano:  
Están enteros en su resistencia,  
Y como viesse ser trabajo vano,  
Debajo de amistad al Juan Cabrera  
El Tovar le habló desta manera:

«Señor Cabrera, yerro manifiesto  
Es el que cometéis sin fundamento,  
Porque querer por armas llevar esto  
No me parece ser acertamiento;  
Limitese con término modesto  
Un hombre de tan próspero talento,  
Pues conocéis de mí que ya que salgo  
No tengo de volver sin hacer algo.»

»Sali forzado por requerimiento  
Que me hicieron todos los vecinos,  
Pero cierto no tuve pensamiento  
De querer estorbar vuestros caminos;  
Pues solo fué mi principal intento  
Volver indios bozales y ladinos,  
Y al señor Juan Muñoz, que de sus cargos  
Se viene sin dar cuentas ni descargos.

»Y pues un servidor como yo viene  
Y en amistad y amor somos hermanos,  
Suplicoos que mireis lo que conviene,  
Porque los reyes tienen luengas manos,  
Y do quiera que vais el mismo tiene  
Jueces y fiscales y escribanos;  
Y así para huir extremos graves,  
Los medios me parecen mas suaves.

»Tener por bien, si la razon enfrena  
A los que della no van discrepantes,  
Darne todos los indios de cadena  
Y al alcalde Juan Muñoz de Collantes;  
Y a questo hecho, id enhorabuena  
Con todos los demás indios restantes,  
Porque los sin prisiones bien entiendo  
Que de su voluntad os van siguiendo.»

Concedénte los indios de collera  
Con que del Juan Muñoz no se tractase,  
Rogándose mucho Juan Cabrera,  
Mas no pudo con él que lo dejase:  
En efecto, volvió do no quisiera  
Porque el gobernador no lo vejase,  
Pero llegado tuvo tal aviso  
Que hizo sus negocios como quiso.

Los otros prosiguieron su jornada  
Por pasos del Cabrera conocidos:  
Llegan al nuevo reino de Granada  
Cansados, pero no diminuidos;  
Donde por Fernán Perez de Quesada  
Fueron con gran aplauso recibidos,  
Y no poco conjuntos á su lado  
Juan de Orozco y Arias Maldonado.

Volviendo pues las manos á la trenza  
Que del nuevo regente se teja,  
Digo que sin empacho ni vergüenza  
Usaba del poder que no tenia,  
Y la guerra de paeces comienza  
Con estampida de arcabuceria,  
Que muchos arcabuces allí puso  
Y desde entonces hubo dellos uso.

En tierras de los paeces entrados,  
Caribe gente por estremo fiera,  
Tuvieron dos recuentos porfiados,  
Do ganó poco la fiel bandera,  
Pues fueron compelidos y forzados,  
Con pérdida de gente, salir fuera;  
Y así volvieron á cristianos puestos  
Fatigados y quasi descompuestos.

La fama, como no pierde camino,  
Ni se le pone limite ni tasa,  
En ponderar el dicho desatino  
De Andagoya no quiso ser escasa,  
Y á los oidos de Pizarro vino  
Con larga relacion de lo que pasa;  
El cual, en pena de tan poco seso,  
Mandó que luego se lo lleven preso.

Estos poderes fueron enviados  
A Juan de Ampudia por su gran cordura,  
Pero cuando llegaron los recados  
Estaba dentro de la sepultura;  
Mas para ser mejor ejecutados  
Llegó mas adaptada coyuntura,  
Don Sebastian de Benalcazar digo  
Cuyos discursos son estos que sigo.

Año de quince cientos y cuarenta  
Cumplidos del divino Nacimiento,  
La majestad imperial atenta  
A sus servicios y merecimiento,  
Demás de dalle generosa renta,  
Autorizó con adelantamiento,  
Trocando su virtud y valentia  
Titulo de merced en señoría.

Por los de sus antiguas amistades  
La nueva divulgada y estendida,  
Ocurren de las villas y ciudades  
A dar el parabién de la venida.  
Obispo trajo con sus dignidades,  
Mercenario, persona conocida,  
De los primeros en esta jornada,  
Y este fué fray Francisco de Granada.

Del signo del Leon era salido  
Y á Virgo daba resplandor Apolo,  
Cuando fué Benalcazar recibido  
Y Pascual de Andagoya quedó solo:  
En prisiones lo tuvo detenido  
Algunos dias por aqueste dolo,  
Hasta que á gobernar al Pirú vino  
Vaca de Castro, de tal cargo dino.